

Libertad, moralidad y prosperidad tres siglos del nacimiento de Adam Smith

Freedom, morality and prosperity. Three centuries since the birth of Adam Smith

Bernardino Herrera León¹

Universidad Central de Venezuela

Correo: herrerabernardino@gmail.com

Introducción

Las buenas ideas son como el buen vino. A medida que pasa el tiempo, conservan o mejoran su sabor. Las malas ideas, en cambio, se agrian, desde el principio hasta el final. Las buenas ideas son aquellas que convencen a las personas para aprender a convivir con los demás, a pesar de las diferencias. Mientras que las malas ideas son las que justifican el conflicto, la violencia y el exterminio, pese a sus repetidos resultados catastróficos. Las ideas de Adam Smith son, sin dudas, de las buenas. Trescientos años después de haber nacido, sus ideas siguen más vigentes y actuales que nunca. El tiempo le ha dado la razón.

Junto con Charles Darwin, Smith ha sido uno de los autores más atacados por sus ideas. En el caso de Smith, lo sufrió en vida, especialmente contra el obituario que escribió en honor a su amigo y gran filósofo: David Hume, fallecido en 1771. Comentaría luego que, aquel modesto escrito le había costado más insultos que todas las demoledoras críticas que había publicado en contra el sistema comercial británico.

Smith dedicó casi toda su vida a estudiar y a enseñar. Salvo en la última década de su vida, cuando trabajó como director de la aduana de Edimburgo, su ciudad natal. Siempre fue profesor, antes y después de ocupar la cátedra de lógica y filosofía moral en la Universidad de Glasgow

¹ Licenciado en Historia, Maestría en Historia de Venezuela y Doctor en Historia por la Universidad Central de Venezuela (UCV). Profesor Asociado (Jubilado) del Instituto de Investigaciones de la Comunicación (ININCO-UCV), institución de la que fue director (2012-2014). Coordinador de la maestría en Comunicación Social, postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación-UCV (2006-2012). Director de la revista *Extramuros* de la Facultad de Humanidades y Educación (2002-2006). Docente en áreas de historia y comunicación, epistemología y método científico. Autor y editor de varios libros y artículos científicos publicados en revistas nacionales y extranjeras.

desde 1751. Contaba con 28 años de edad. Un año antes de morir, fue reconocido como rector honorífico de esa universidad.

Mientras se dedicaba a la enseñanza universitaria, Smith publica su primera gran obra: *La teoría de los sentimientos morales*, sucede en 1759 teniendo él 36 años de edad. Es un escrito breve y formidable, que condensa de manera muy sencilla su tesis sobre la moralidad humana, cuya síntesis exponemos adelante.

En 1776, Smith publica su segunda gran obra, *La riqueza de las naciones*. Un libro fundamental que, en una época de predominante economía agrícola, abrió la perspectiva hacia el análisis económico, tal como lo haría la ciencia económica hoy día. Describe y explica las partes determinantes de la dinámica de cualquier economía, acuñando conceptos vigentes en la actualidad como la metáfora de la “mano invisible”, que apenas mencionó una vez en el libro. La mano invisible afirma que la sumatoria agregada de los intereses egoístas beneficiará a toda la sociedad.

Esta premisa se sustenta en un concepto de extraordinaria validez: la división del trabajo. Aquí Smith sustenta su defensa en pro de la menor intervención posible del gobierno en la economía. Consideraba que el frágil equilibrio que pudiera lograr la mano invisible se vería alterado por las leyes o regulaciones comerciales excesivas, especialmente las proteccionistas, pues tendían a favorecer a unos grupos y a perjudicar a otros, al otorgar ventajas y privilegios desiguales.

Aunque lo medular del pensamiento de Adam Smith está contenido en dos libros que abordan temas distintos, ambas obras están coherentemente relacionadas. Smith considera que una economía próspera sólo puede ser posible en una sociedad con un sólido desempeño moral. En sus escritos, Smith nunca deja de relacionar al interés egoísta personal con la moralidad individual. La primera impulsa a las personas a buscar beneficios, a evitar pérdidas y a maximizar en lo posible en cada decisión económica que tome. La segunda impone a esas personas límites morales que resultan indispensables para la viabilidad de los contratos y la convivencia social en general. La moralidad es también una fuerza de cohesión invisible y a la que Smith dedicó mucho tiempo de estudio y reflexión.

En otras palabras, para Smith, el problema no es el afán egoísta de lucro que las personas realicen para beneficiarse individualmente. El problema es la falta de escrúpulos morales que algunos individuos estén dispuestos a llevar a cabo para conseguir privilegios y ventajas a través de perjudicar a otros. El afán de lucro sería lícito, mientras que la transgresión de las normas morales y reglas sociales sería lo condenable y perjudicial.

Bien vale resumir las siete premisas básicas de la teoría moral de Smith, conceptos esenciales para comprender el análisis sobre el por qué unas naciones son más prósperas que otras:

Teoría de la moral de Adam Smith

La primera de las siete premisas esenciales en las que fundamenta Adam Smith su teoría moral es el de la empatía humana. Smith está convencido de la inclinación humana innata, hacia el altruismo y la empatía, porque de otro modo no se explica la supervivencia de nuestra especie. Es decir, la condición de conmoverse ante las tragedias ajenas es, además de un mecanismo de protección mutua, una manifestación humana natural. Consiste en ponerse en el lugar de otros para comprenderlas y actuar en consecuencia. Esta premisa es fundamental en el modelo smithniano, por cuanto de ella depende que la ecuación egoísmo-bienestar social de su teoría económica se sostenga.

La segunda premisa moral es el autoexamen. Las personas tienden a revisar su comportamiento para aprobar o desaprobarse a sí mismas sobre sus actos. De esta manera, las personas intentan reparar o elevar su autoestima, mejorar su valoración personal y ajustarse o corregir sus errores, para conseguir la aprobación social. Este punto explica la tendencia natural auto-regulatoria de los individuos. Cuyo potencial aumenta a medida en que se incentive la libertad individual de acción.

La tercera premisa es la imparcialidad. Consiste evaluar diferentes situaciones desde una perspectiva objetiva, considerando todos los aspectos posibles de los hechos, tratando de no prejuiciar o anticiparse, como requisito para un juicio moral adecuado con cada caso. Esta premisa está estrechamente relacionada con la idea de justicia y del sistema de justicia establecido. Y que, de una manera independiente, tiende a influir en el conjunto social.

La cuarta premisa describe la relación de compatibilidad que existe entre la moral pública y el interés personal que conocemos como egoísmo. Esta observación será un aspecto básico para la teoría económica de Smith, al sostener que el interés personal o egoísmo contiene en sí mismo la empatía que conduce al bienestar ajeno y al bienestar social.

La quinta premisa afirma que la moral social es determinante en la moral individual. Entendiendo como moral social al conjunto de expectativas sociales esperadas y necesarias para la aceptación de los individuos en la sociedad. La moral social promueve el temor al rechazo social. Para Smith, la relación entre moral social y moral individual es esencial para explicar el comportamiento individual, la convivencia social y el buen o mal desempeño de la regulación en el comportamiento de los individuos.

La sexta premisa trata de la relación entre moral y virtud. Las virtudes son cualidades que incentivan el reconocimiento social y contribuyen con la convivencia y la asignación de responsabilidades sociales. Pero, para Smith, las virtudes requieren un equilibrio de contexto. El culto extremo a las virtudes conduce a la arrogancia, al trastorno individual y a la exclusión social.

La séptima premisa es una crítica a las teorías morales de la filosofía clásica, contra las que cargó Smith a lo largo de su obra intelectual. Específicamente contra el reduccionismo maniqueísta, que clasifica dogmáticamente todo en dos bandos absolutos, entre el bien y el mal. Asimismo, Smith critica la filosofía utilitarista, que postula como moralmente aceptable toda acción humana que le provea satisfacción y felicidad. Para Smith, el límite es el bienestar ajeno, como esencial de la moral individual.

La división del trabajo

Una sociedad próspera será aquella con la más amplia diversidad de partes que intervienen en el acabado final de un bien de consumo. De eso trata la división del trabajo. Smith utiliza el ejemplo de un bien muy simple, el alfiler, para explicar la diversidad de actores intervinientes que hacen posible que un producto tan sencillo, pueda estar accesible a tantas personas como la extensión del comercio lo permita.

El número de personas que intervienen en la producción final de un bien como un simple alfiler es numeroso: el minero, el acarreador, el fundidor, el diseñador, el empacador, el transportista, el comerciante al mayor, el comerciante detallista, los navegantes que llevan el bien a otras latitudes, a los que se debe agregar a quienes estén detrás de las herramientas del minero, de las carretillas del acarreador, de los vehículos de los transportistas y así sucesivamente. Todos esos oficios están estrechamente conectados. Y desde que Smith acuñó este concepto para su modelo teórico, la diversidad en la división del trabajo no ha hecho otra cosa que ampliarse de un modo infinitesimal.

El concepto de Smith sobre la división del trabajo no se conforma con estar al tanto de la diversidad de actividades requeridas para completar un producto final. Implica que la economía es una intrincada red de orígenes y destinos, de causas y efectos, de entramados cada vez más complejos. Y esta noción lleva a entender la economía como un ecosistema complejo e interconectado, sensible a cualquier evento que alteren los aparentes equilibrios logrados. El más leve cambio en la estructura de los costos y de los precios, sea una catástrofe natural, el bloqueo de alguna comercial, un conflicto armado, incluso los más modestos en la escala, alterará el equilibrio del conjunto.

A medida que el comercio mundial se expande y se consolida, en esa medida proporcional aumenta la sensibilidad de los equilibrios o desequilibrios económicos. Comprender esto es la consecuencia lógica del concepto de la división del trabajo que acuñara Smith+ y que diera a lugar la necesidad de una disciplina científica capaz de comprender la intrincada dinámica económica, que la llegada del industrialismo ya avizoraba. De eso se ocupa la economía.

El concepto de la división del trabajo permitió a Smith fundamentar su crítica al pensamiento económico de su época, que él llamó mercantilismo. Dicho mercantilismo no fue propiamente un conjunto coherente de políticas económicas, pero coincidían en que la riqueza de una nación podía medirse por la cantidad de oro que atesoraba. En consecuencia, los gobiernos debían acumular en lo posible la mayor cantidad de reservas metálicas posible. La experiencia del pasado fue contundente, pues independientemente de las reservas acumuladas, las economías de los países europeos solían caer en crisis sucesivas, sin que hubiera explicaciones a mano para entenderlas, a pesar del intenso control gubernamental que se imponía al comercio, tanto a lo interno de las naciones como con el extranjero.

Smith sostuvo que, por el contrario, la riqueza de una nación no se encontraba en sus reservas de oro, sino en la diversidad de productos que su economía ofertara a sus habitantes. Y que el potencial de la riqueza aumentaría en la medida en que los gobiernos redujeran en lo posible su intervención mediante controles diversos, sobre la propiedad, sobre el comercio interior y exterior, sobre los precios y sobre las monedas. Esa idea Smith la concibe como el sistema de libertad natural, que aumentaría la participación de las personas en las dos ramas promotoras de la riqueza, la división del trabajo y la acumulación de bienes de capital. Smith afirmaba que cuando un agente económico cuenta con bienes suficientes como para sostenerse por meses o por años, intentará obtener la mayor renta posible de dicho superávit, reservándose lo necesario para cubrir sus necesidades inmediatas, hasta que pueda disponer de las ganancias esperadas por su inversión, es decir, de su capital.

Este sistema natural contribuirá a la larga en un aumento agregado de la inversión, presionando hacia más y más diversidad económica y crecimiento económico, con las ventajas que implica: aumento del empleo, reinversión en la economía, precios competitivos y más cantidad de bienes accesibles a la población.

Pero ni la división del trabajo ni la acumulación de capital fueron, para Smith, la causa fuente de la prosperidad económica. La causa primaria consistía en satisfacer el consumo. Es lo que hace que los empresarios inviertan no sólo capital sino en conocimientos sobre la demanda de consumo, pues invertir en un bien que no fuera apetecible podría significar pérdidas irreparables o la ruina en su patrimonio. El consumo es pues la esencia central del mercado, haciendo girar toda la economía sobre este aspecto.

El reto de satisfacer la demanda de consumo de la población requiere un amplio margen de libertad de acción de los agentes económicos. Y es allí donde las regulaciones intensas y excesivos controles se convierten en trabas para dicha libertad. Muchos gobiernos comprendieron estas pautas sencillas del pensamiento económico de Smith, que aún se mantienen vigentes en la actualidad. Por supuesto, con una enorme resistencia de los gobiernos de diferentes corrientes políticas. Porque tales ideas suponen asumir un límite a la acción interventora del Estado, así como de sus dimensiones. El hecho de que la mayoría de los países reconocidos en la ONU arrastren altos niveles de déficit fiscal, pone en evidencia que la mayor parte del aparato estatal de dichas naciones no logra sustentarse con los ingresos ordinarios, por lo que deben recurrir

cíclicamente al endeudamiento, cuyos límites aún se discute en los debates económicos. La tesis de Smith apostaba por un gobierno no creciera más allá de lo estrictamente necesario de lo que su propia economía pudiera sostener. Y con ello, ganaría la ventaja de ofrecer mayor libertad a sus agentes económicos para actuar en el sentido de generar, por consecuencia, mayor cantidad de riqueza.

Para Smith, el comercio formaba parte sustancial de la división del trabajo. Pero consideraba a los comerciantes como factores perturbadores de la libertad económica, consecuencia de contar con una tendencia inclinada al monopolio y a los privilegios comerciales, obtenidos gracias a las relaciones de complicidad con los gobiernos. Es por ello que Smith recomendaba concentrar el cuidado en la aprobación de leyes comerciales, imponer regulaciones monopólicas u oligopólicas, incluso aquellas que se justificaban en la protección de los productos nacionales contra los productos extranjeros, porque lejos de incentivar la producción y la prosperidad, tendían a frenar y hacer decaer el crecimiento económico. De ese modo, Smith proclamaba que si bien los privilegios monopólicos beneficiaban a un sector de la economía, en el largo plazo, acababan perjudicando y empobreciendo al resto de la sociedad.

La estrecha relación entre las dos obras esenciales de Adam Smith, puede concentrarse en su concepción sobre el egoísmo inherente de cada agente económico, sea productor o consumidor. Nadie espera, sostenía Smith, que recibamos de los productores una dosis de altruista generosidad. Sabemos que cada bien nos llega gracias al interés egoísta de cada productor para obtener una ganancia. Tal interés egoísta permite a los consumidores obtener el beneficio de satisfacer sus necesidades. Los consumidores por su parte aplicarán otra forma de egoísmo, aquella que le permita hacerse de un bien requerido al más bajo precio con la mayor calidad posible. Y este juego de intereses particulares conduce a un escenario de mutuo beneficio y, en suma, al bienestar de toda la sociedad. El egoísmo se convertiría, entonces, en una fuerza altruista por naturaleza. Para que esto sea posible, el mercado debe operar con la mayor libertad posible, de modo que los que producen puedan ofertar de acuerdo con sus intereses, y los que consumen puedan elegir y adquirir libremente los bienes de acuerdo con sus limitaciones y necesidades particulares.

Esa mano invisible con la que Smith metaforizaba la relación egoísmo-altruismo, no operaba aislada de la dinámica social, pues según su teoría de los sentimientos morales, las

relaciones económicas estaban influenciadas por la natural empatía humana, que lleva a las personas a sentirse satisfechas y reconocidas cuando logran un acuerdo satisfactorio con los semejantes. En ese caso, el productor que se siente satisfecho de que su producto sea apreciado y consumido. Y por parte del consumidor, al poder satisfacer sus necesidades con bienes aceptables y accesibles. Cada uno, al corresponder a sus intereses individuales con especial dedicación, termina por favorecer al conjunto social sin que se lo propusiese. Pero una vez cumplida la transferencia del bien final al consumidor, todas las partes se benefician de tal satisfacción, más allá del hecho práctico de vender y comprar. Se trata de la satisfacción moral de aportar y ser socialmente útil, sin que por ello deba sacrificarse el beneficio propio.

Este es en esencia el mecanismo auto-regulatorio del libre mercado que describía Smith en *La riqueza de las naciones*. La capacidad de auto-regulación del mercado en el libre juego de la oferta y la demanda. Cuando el precio de los bienes no es superior ni inferior, pero sí suficiente para sostener los costos de renta, salarios, utilidades de capital, los impuestos y demás gastos, dichos bienes buscarán su precio natural, tratando de hacerlos coincidir con su precio de mercado, para que los bienes sean lo más accesible posible al consumidor. De lo contrario ambas partes, productor y consumidor, saldrían perjudicados. El primero por perder mercado para su bien, el segundo por no poder obtenerlo.

Cuando la oferta de bienes en el mercado es superior a la demanda de dichos bienes, de inmediato se genera una intensa competencia, y el precio de mercado tenderá a caer por debajo de su precio natural. Y a la inversa, cuando la demanda es mayor a la oferta, los precios de los bienes tenderán a subir, independientemente de la competencia entre ellos.

Al Smith explicar esta ley básica del mercado, argumentaba que los mercados monopólicos siempre ofrecerán los precios más altos, incluso muy por encima de su precio natural. Mientras que los mercados de libre competencia tenderán a ofrecer los precios más bajos, incluso por debajo de su precio natural, según las circunstancias de cada bien, productor o consumidor. Es por ello que Smith predicaba contra los monopolios, concedidos como privilegios a grupos específicos, acusándolos de entorpecer el crecimiento y por tanto frenando la riqueza de la nación.

Esa crítica severa contra los monopolios la dirigía Smith contra el sistema comercial británico, que se caracterizaba por el reparto de privilegios de rutas y de exclusividad comercial

de productos facturados dentro y fuera de las islas británicas. Particularmente, en el caso del comercio entre los productores de la América del Norte y las grandes casas comerciales británicas. El gobierno británico llegó al extremo de prohibir la instalación de hornos de fundición en sus colonias americanas, así una serie de regulaciones, que forzaban a los productores americanos a vender toda su producción a las casas metropolitanas, al precio que éstas últimas establecieran. Mientras que se les obligaba a adquirir los bienes y herramientas que dichas casas reenviaban a América.

Como un faro orientador, las ideas de Smith inspiraron a los colonos americanos. Las consecuencias la conocemos como la revolución de independencia norteamericana, cuyo detonante fue la rebelión en contra de uno de los tantos odiosos monopolios: el del té. Fue la gota que derramó el vaso, exponiendo el masivo resentimiento popular hacia los abusivos años de privilegio comercial metropolitano.

Smith proclamaba que prohibir a una sociedad desarrollar su máxima capacidad productiva para favorecer a un monopolio, es una violación del más elemental derecho humano de valerse y mantenerse por sí mismo, y tomar con libertad sus propias decisiones. Este principio, tan sencillo como elemental, es hoy parte esencial de la nación norteamericana, y que ha calado a los cimientos de la identidad de ese país.

Las funciones esenciales del Estado

La teoría económica y moral de Smith le permitió delinear un ideal de un Estado representativo de una nación libre, productiva y próspera. Para que sea posible, el Estado ideal debe dedicarse, de manera exclusiva, a tres funciones esenciales, todas indispensables para el funcionamiento de una sociedad.

La primera de ellas, garantizar la seguridad de toda la sociedad de las amenazas externas de posibles agresiones de otras naciones independientes. Asimismo, proteger a sus ciudadanos de sus ciudadanos mismos, es decir, de la seguridad interna de los habitantes de la nación, sin distinción ni exclusión alguna. En suma, es deber del Estado administrar la violencia para reducir la violencia.

La segunda tarea del Estado consiste en garantizar justicia a sus ciudadanos, protegiéndolos de los abusos de otros miembros de la sociedad, o la opresión de unos grupos sobre otros. En esencia, se trata de la función pública de proteger al débil frente al más fuerte, mediante un sistema de justicia fundamentado en ese criterio.

La tercera función del Estado es hacerse cargo de las obras públicas necesarias para el garantizar servicios esenciales, como agua, energía, transporte, salubridad. Se trata de obras que los particulares no podrían garantizar, sin sacrificar con ello la condición pública de las mismas. Las obras públicas suelen superar las escalas de costos que difícilmente logren alcanzar los agentes económicos privados. Las dimensiones de escala de tal inversión, hacen inviable su retorno mediante las rentas particulares, ni siquiera para recuperar sus costos. Por lo general, estas obras se financian con micro cuotas, suficientemente pequeñas como para no sobrecargar al conjunto social ni excluirla de los beneficios de su disfrute.

Estas tres funciones aparentan ser muy simples, pero no lo son. Por el contrario, son extremadamente complejas. Requieren grandes esfuerzos, mucha inteligencia social y mucha racionalidad para acometerlas, mediante la diversidad de la división del trabajo público. La complejidad para cumplir estas funciones será factor que incentiva el agigantamiento del Estado. Detectar esto fue una de las preocupaciones de Smith.

Conocedor de la arrogancia ilimitada de los gobernantes, Smith alertaba acerca de la importancia del diseño del Estado, en el sentido de sus dimensiones y en la calidad de sus atribuciones. Los gobiernos excesivamente ambiciosos se convierten en un peligro para sus propias sociedades que se suponen deben gobernar. Las naciones no se empobrecen por la torpeza o errores de sus ciudadanos, sino por el despilfarro y el pésimo desempeño de sus gobernantes. Y ese trastorno comienza con la prerrogativa que se atribuyen los gobernantes para vigilar e interferir en las actividades económicas de los gobernados. Los gobiernos tienden, por su propia naturaleza, a ser irresponsables en la administración de la riqueza pública y, en consecuencia, su diseño debe intentar contrarrestar la tendencia perversa al derroche, estableciendo límites precisos, tanto para sus dimensiones como para el cumplimiento de sus funciones.

Sin embargo, aun padeciendo a los gobiernos más extravagantes y derrochadores, Smith estaba convencido de que bastaría con que se respetase la libertad productiva y la iniciativa privada de los habitantes de una nación, como requisito para que ésta prospere.

La advertencia de Smith se concentraba en recomendar el preservar y proteger, en lo posible, la libertad individual como requisito indispensable para potenciar la capacidad productiva de las personas. Esa capacidad que sólo el interés particular puede garantizar. En este punto se sostiene la sencilla pero poderosa potencia explicativa de la teoría económica y política de Adam Smith. Y que tanta resistencia y predisposición ha provocado en quienes adversan sus ideas.

El filósofo español, Antonio Escohotado, los llamó los “enemigos del comercio”, título de su formidable obra de tres tomos, donde revela la persistencia, a lo largo de la historia, del “pobrisimo”, ideología que concibe que toda forma de propiedad es un robo, y que por tanto debe desaparecer mediante la colectivización. Todas las experiencias colectivistas, afirma ese autor, condujeron a la ruina y al colapso. Tal como Adam Smith lo advertía en los alegatos de su teoría.

La obra de Smith ha legado un importante movimiento intelectual de escala universal. No sólo en el campo de la economía, con representantes como Friedrich Hayek, en su esclarecedora obra *Camino de servidumbre*, o como Milton Friedman, ganador del premio Nobel. También influyó en el campo de la filosofía, con grandes representantes como Karl Popper y Ayn Rand. Probablemente, Smith haya iniciado uno de los más grandes y masivos movimientos intelectuales más transformadores de la historia de la humanidad. Cuyas ideas aún están vigentes y en diseño. Es por ello que, estos 300 años transcurridos desde su nacimiento, representa un acontecimiento de gran significado, para quienes apuestan por la sociedad abierta, justa, libre y próspera.